

JUVENTUD



FESTIVAL DE LA PRIMAVERA
DIE DE LOS ESTUDIANTES

FEDERACION DE ESTUDIANTES DE CHILE

— SUMARIO —

- I. LOS DOS QUESOS DE BALTA MARÍN, por Pedro J. Malbrán.
- II. EL DÍA DE LOS INOCENTES, por Pedro J. Malbrán.
- III. ELOGIO DE LAS FIESTAS DE LA PRIMAVERA, por R. Meza Fuentes.
- IV. TERRUÑO, PATRIA Y HUMANIDAD, por José Ingenieros.
- V. ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ, por «Juventud».
- VI. MUSA. CENTAÜRESA, por E. González Martínez.
- VII. OPTIMISMO, por Rudecindo Ortega.
- VIII. EDICIONES «JUVENTUD».
- IX. DON MIGUEL DE UNAMUNO, por «Juventud».
- X. LA VERDAD SOLO, por Miguel de Unamuno.
- XI. A LOS ESTUDIANTES Y JÓVENES CATÓLICOS QUE ASALTARON LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES, por Jorge Neut Latour.
- XII. CARNE PREDESTINADA, por Alejandro Vásquez.
- XIII. OPINIONES. Propositiones relativas al porvenir de la Filosofía por el Dr. José Ingenieros. El Criterio Fisiológico, por el Dr. Santin C. Rossi. Por Pascual Venturino.
- XIV. Homenaje al malogrado poeta don Domingo Gómez Rojas.



Don Miguel de Unamuno

La madre y la hija se merecen. España condena por "delito de lesa majestad" a un hombre admirable, gloria del Universo, maestro de todas las juventudes. Chile asesina ilegalmente a un muchacho que pudo ser más grande, que empezaba recién en la vida y el arte. España nos mandará embajadas de príncipes. Nosotros le mandamos embajadas de gentilhombres.

No conocemos el artículo de don Miguel, pero cualesquiera que haya sido no lo comprendemos en otra forma que no sea la expresión de una verdad franca, desnuda, incondicional, sin reticencias.

Contradictorio y múltiple, poeta, filósofo, catedráticos en idiomas, novelista, don Miguel de Unamuno es un arquetipo de "hombre". ¡Cómo se siente leyéndolo la ruda amistad de un padre o un hermano mayor! ¡Cómo nos son amados sus libros, por esa sublime cualidad que el maestro exalta, porque "hablan como hombres"! ¡Cómo nos hemos estremecido con sus arranques de inquietud cuando quiere aferrarse con toda su alma a la vida inmortal y eterna!

Sabio profesor, poeta sobrio y firme, hombre completo, debe haber recibido con una sonrisa su condena dictada por hombres malos e ignorantes. Compasivo debe de haber sido el gesto del maestro cuando la magnanimidad del monarca le absolvía de toda pena. Estos hombres superiores, sonreirán ante la justicia otorgada como gracia por los amos de este siglo, indolentes y lejanos a las terribles realidades de la vida contemporánea.

Don Miguel seguirá en su noble apostolado, dentro o fuera de la cárcel. Ni la muerte podría hacer callar su labio varonil que tiembla en las páginas vibrantes de tanto libro inmortal.

Con un artículo de don Miguel de Unamuno, lleno de fuerza y de oportunidad, cerramos este ligero comentario. Lamentamos no poder condensar en él con toda la fuerza que quisiéramos, nuestra indignación ante la realización del atentado criminal de hacer callar a los que piensan con la fuerza, y la estupidez de los que no piensan. Pero toda palabra resulta débil para expresar lo inefable.

La Verdad Solo

En su libro "**Prolégomènes de l'histoire des religions**", el conocido escritor protestante y profesor que fué del Colegio de Francia, M. Albert Réville, decía: "Es al exceso de fanatismo religioso a lo que se debe la importancia extrema dada desde entonces a la cuestión de la verdad en todos los dominios. Cabe en razón preguntarse si el amor apasionado de lo verdadero en cada cosa, que es lo que ha hecho la ciencia moderna, habría sido posible, o, por lo menos, se habría hecho tan común, si Europa no hubiera atravesado siglos de intolerancia. El hecho es que la antigüedad no conoció esta noble pasión sino en mucho menos grado que nosotros... Es la intolerancia ortodoxa de la Iglesia en la Edad Media la que ha impuesto a la sociedad cristiana esta disposición a buscar a toda costa lo verdadero, de que el espíritu científico moderno no es sino la aplicación... ¿Cómo explicar de otro modo que la gran ciencia no se haya desenvuelto, no haya sido proseguida con constancia, sino en el seno de las sociedades cristianas?"

Aparte de esto que decía Réville, y en lo que hay, sin duda, no poco de razón y de justicia, cabe preguntarse si son el fanatismo y la intolerancia los que engendran el desenfrenado amor a la verdad, oportuna o inoportuna, dulce o amarga, constructiva o destructiva — hay verdades, y acaso las más de ellas, que destruyen nuestras construcciones,—consoladora o desoladora, o si es el amor a la verdad el que engendra la intolerancia y el fanatismo. El amor a la verdad, la veracidad, la sin-

ceridad, la **philaletheia** de los griegos, y no su **filosofía**, no el amor a la sabiduría. que aunque a primera vista pudieran parecer lo mismo, no lo son. Hay filósofo, amante del saber, que de lo que gusta saber es de ficciones y embustes, y se asusta de la verdad. Aunque al saber, si del veras se sabe, se sepa que la ficción de que se gusta no es más que ficción. Porque saber una mentira, es saberla como tal mentira.

¿Pero es que son los fanáticos, los intolerantes, los intransigentes los que más víctimas inocentes han sacrificado a la justicia? Es muy dudoso. Creemos que ha sido mucho más dañosa y más mortífera la pasión reconcentrada y fría de los llamados **escépticos**, gente rencorosa con sobrada frecuencia. No el amor desenfrenado a la verdad, a lo que se cree y se siente ser verdad, séallo o no, sino el miedo y hasta el odio a ella, es el que ha hecho más víctimas.

¿Quién fué el mayor culpable de la muerte del Justo, de la crucifixión del Cristo? No tanto Judas Iscariote, el traidor, el cual era todo menos un fanático o un intolerante, cuanto Poncio Pilatos, modelo de desdeñosa tolerancia romana. Porque Pilatos era un hombre profundamente tolerante; a Pilatos no le importaba un bledo de todo aquel pleito de judíos. Pilatos era lo que llamaríamos hoy un vivo o un fresco; uno que estaba de vuelta; uno a quien no se la daban con queso; un redomado conservador de su pro-consulado, que despreciaba profundamente a la **chusma encanallada** que le pedía soltase a Barrabás, el homicida, y llevase al palo al Justo. Pero los que realmente condenaron al Justo fueron los pontífices y fariseos, las gentes de orden, que, juntándose en consejo, acordaron matar a aquel Hombre por antipatriota y revoltoso (Juan, XI, 47-54), y el redomado político pagano—flor y espejo de políticos profesionales—que preguntaba al Cristo: “¿qué es verdad?” (Juan, XVIII, 38).

¿Qué es verdad? Esta pregunta pilatesca ha causado más víctimas que la más recia intolerancia de los más desenfrenados fanáticos. “Comprenderlo todo, es per-

donarlo todo'', dice un proverbio francés. Pero como el que cree comprenderla todo, no comprende, en realidad, nada, resulta que eso que llama perdón, no lo es, en realidad. El dejar a los perros rabiosos que anden sin bozal por la calle, es atentar a la libertad de los pacíficos e inocentes transeuntes. Y peor que a los perros rabiosos sin bozal, es poner mordaza al que dice las verdades. El perro rabioso no ladra ni aúlla, sino que muere en silencio.

“La verdad os hará libres'', decía el Apóstol, y sólo la verdad libera. La verdad es la suprema justicia. Con la verdad, nada más que con la verdad, bastaría para redimir a los pueblos. Claro está que el propósito de enmienda, la contricción, o siquiera la atrición y la aceptación del castigo, serían muy de desear; pero, en último caso, bastaría con la confesión de culpa, si esta confesión fuera plena y acabada. Con que se supiese todo, absolutamente todo lo que pasa en la camarilla, habría ya bastante. Y aunque creemos más, y es que al hacerse pública la infamia tramada en secreto, los mismos que la tramaron la ven a otra luz y se enteran de lo que iban a hacer. Ningún malhechor se atreve a decirse en voz alta, ni aún a sí mismo, lo que maquina en silencio en el secreto de su corazón. ¡Y esto de malhechor...!

Cuando poco antes de ser prendido el Justo, sus apóstoles disputaban sobre cuál había de ser el mayor—algo así como si disputaran por la llamada **cuestión de confianza**—, el Cristo, acongojado al verles pelearse por lo que ellos creían ser el poder, les dijo con amarga ironía: “Los reyes de las gentes se enseñorean de ellas, y a los que tienen autoridad les llaman bienhechores; pero vosotros no seáis así...” (Luc., XXII, 25) ¡Bienhechores!..., ¡bienhechores!... “A los que tienen autoridad les llaman bienhechores...” ¡Es que él, el Cristo, no tenía autoridad? Sí, pero la que le daba el decir y hacer la verdad. Porque no basta decir la verdad; hay además, que hacerla. Pues hay quien dice la verdad y hace la mentira.

“Es un fanático, es un energúmeno, es un obseso,

es un contumaz, es un loco'', suele decirse a las veces del que se dedica a gritar la verdad desgañitándose, en el desierto acaso, desde la cumbre de una colina que domina a un pedregal. Y la humilde hierba que crece entre los berruecos tiembla y se estremece al oír la verdad, que no oyen oídos de hombres. Y esa hierba crece y verdea, y sorbe lumbre de sol al oír el viento de la verdad. Porque no hay verdad gritada en el desierto que caiga en el vacío.

“¡Hay verdades que no conviene a las veces decir!”, dicen los del principio de autoridad, los bienhechores — bienhechores del mal—; los que se enseñorean de las gentes; los hombres del orden del orden, que es la ley contra los justos revoltosos que atentan contra el patriotismo farisaico y pontifical.

¡Dios nos dé fanáticos de la Verdad!

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Nuevo Mundo, Madrid, 28 de Marzo de 1919)

